



Prospecto de una revista de pensamiento y crítica

rafael GUTIÉRREZ GIRARDOT

(Sogamoso, 05.05.1928–Bonn, 27.05.2005)

El 24 de abril de 1988, el recientemente fallecido autor de este texto lo firmó en su casa de Bonn y lo envió al entonces director de la Biblioteca Pública Municipal “Gabriel Turbay”, Luis Álvaro Mejía, ilusionado con el proyecto de codirigir la revista cultural cuya ausencia ya se registraba en Bucaramanga. Por razones que aquí no tiene utilidad mencionar, esa revista nunca pudo ver la luz pública. No obstante, este texto inédito aún conserva su valor como testimonio de la lucha intelectual que libró su autor durante su fecunda vida universitaria, y se publica aquí como un homenaje a su memoria y como reconocimiento a su función de precursor de esta revista cultural de Santander.

El largo proceso de desintegración de las sociedades latinoamericanas y la desesperanza que despierta la aparente impotencia de detener su tempo acelerado no deben encerrar a la inteligencia en el círculo inmediato del miedo y de esa forma de pasividad que consiste en la lamentación y en la busca especulativa de sus causas. Es cierto que el conocimiento de las causas puede satisfacer, en parte, la ansiedad que producen la oscuridad del horizonte y la propia desorientación. Pero las sociedades latinoamericanas en particular tienen la experiencia histórica de que ni el conocimiento histórico-social ni la crítica de la inteligencia a esas causas logran mover una sola piedra del edificio en el que se atrincheran, en medio de la hecatombe, los intereses de la mayoría de quienes gobiernan. La inteligencia latinoamericana paga su libertad –cuando no opera bajo dictaduras militares– con la indiferencia que le deparan los gobernantes y gran parte de la sociedad.

Empero, si la acción de la inteligencia en el presente es reducida, tiene abiertas las puertas para la configuración del futuro, y esto tanto más en países como los hispanos en donde el futuro es un pasado mañana que, a veces, ya está por convertirse en ayer.

Las lagunas que ha dejado en este siglo la política educativa y universitaria de los gobiernos y que no son justificables por carencia de medios económicos son ya mares, y su tamaño no es menor por el hecho de que algunas individualidades universitarias hayan logrado sobresalir. Ese consuelo que ge-

neralmente suele argüirse contra toda crítica a la vida cultural colombiana es más bien una coartada para mantener en pasiva autosuficiencia el estado mediocre que es responsable de que sólo muy pocos y en contra de ese estado puedan sobresalir.

Llenar trecho a trecho y a muy largo plazo algunas de esas lagunas debe ser la misión de una revista de crítica y de pensamiento. ¿Pero de qué lagunas se trata? La carencia de una universidad que no sea sólo una institución de formación profesional ha dejado la más honda laguna en la vida cultural colombiana. Es laguna y muro a la vez, porque al no ser conocida y aceptada como tal se ha convertido en un hábito incuestionable que cierra las puertas a toda labor de creación en todos los ámbitos, aún en los que, como las ciencias económicas, parecen ser más creativos. Esa honda laguna y ese muro pétreo y casi impenetrable es el pensamiento dogmático. El pensamiento dogmático no se refiere a un dogma solo, cualquiera que sea. Es un hábito o “modorro”, como diría Quevedo, que convierte todo pensamiento diferenciado en dogma elemental y, con ello, lo priva de su dinámica y, por tanto, de su poder de suscitación. Cualquier corriente de pensamiento que llega a los países de lengua española, y que generalmente llega tarde, se transforma allí en un dogma que es sucedido por otro, y así sucesivamente. Este hábito es naturalmente producto de una sociedad estructurada dogmáticamente, de modo que el dogmatismo mental de todos mantiene inconsciente e involuntariamente la dureza de los límites entre las clases. El marxismo-leninismo latinoamericano, por sólo citar a una víctima de ese dogmatismo, no logró con “la crítica de las armas” debilitar el poder de la oligarquía –dejando de lado lo que él entendió por armas–, porque interiormente estaba desarmado, es decir, carecía de las “armas de la crítica”, para decirlo con la frase conocida de Marx. Y precisamente esas “armas de la crítica” –que fueron las armas que Marx manejó con maestría– le hubieran permitido ser una fuerza política creativa en Latinoamérica, y no un dogmatismo reproductivo más y a la postre tan estéril como el “panamericanismo liberaloide” de quienes veían en la democracia norteamericana la salvación de la libertad. ¿Pero quién amenaza la libertad de Nuestra América?

Las teorías de la dependencia son tan frágiles y engañosas porque consideran parcialmente un factor propio del mundo moderno, esto es, la interdependencia económica del mundo. Es decir, no tienen en cuenta la condición de que esa interdependencia se convierta en una dependencia. Esta no es “estructural”, porque esa dependencia depende considerablemente de la “voluntad de dependencia” de la llamadas clases dirigentes de los países de lengua española. Y esa voluntad de dependencia se sostiene, se nutre, se reproduce y se degrada a “mendicidad bancaria” en el dogmatismo.

Ese dogmatismo es el precio que pagaron las repúblicas latinoamericanas por su ascendencia peninsular, esto es, por su pertenencia y por el cuño que le dio esa pertenencia a un Imperio que identificó la sustancia de la nación

con el catolicismo. La “teología de la liberación” puede ser un intento de arrepentimiento del corpus clerical de las consecuencias de esa identificación. Esa es, empero, una cuestión intraeclesial, que en última instancia conduce a una salvación del poder de la Iglesia en una sociedad de masas o en sociedades en las que la Iglesia ha sido cómplice de las más bajas degradaciones humanas. Pero esos arrepentimientos y esos intentos cosméticos de corregir y poner al día lo que se delinquiró, no borran naturalmente la profunda huella, sangrienta, denigrante, humillante, que dejó el catolicismo en los países de lengua española, esto es, el dogmatismo.

Con todo, sería falso pretender liquidar el problema de esta herencia a la manera del “indigenismo”, esto es, reprochando a la historia pasada que siguió un curso diferente al que él considera verdadero *post festum*. Resucitar los mitos indígenas y querer incorporarlos al presente o considerados como sustancia de la nación equivale a seguir el ejemplo español e, invirtiendo sus términos, fomentar un folclore irracional y pasatista que distrae de las exigencias y los desafíos de la historia presente al país. Cambiar un dogma por otro no es lo que va a integrar a la sociedad destrozada por las consecuencias del dogmatismo. Contribuye, más bien, a desintegrar lo que se ha salvado del naufragio, esto es, lo que con palabra no del todo adecuada cabe llamar la “identidad nacional”.

La superación del dogmatismo permitirá que todas las fuerzas estancadas se despierten y tomen la palabra dando a la creatividad nacional su tono colombiano.

Los decenios pasados han sumido a Latinoamérica no solamente en una profunda y alarmante crisis, sino que han frenado violentamente su curso histórico. A ese retraso se debe el que los países llamados pobres, como el nuestro, se vuelvan cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos. Es un círculo vicioso del que sólo se puede salir partiendo de una justificada confianza en las fuerzas del país, especialmente en la juventud, y con el ánimo que hizo decir al Libertador: “Si la Naturaleza se opone, venceremos a la Naturaleza”. Ciertamente es que la “Naturaleza” contra la que hay que luchar en el presente es un dragón acompañado de pulpos. Pero cuando en nuestro país se difundan el pensamiento que honradamente busca la verdad y la crítica que impulsa y pone a prueba al pensamiento, cuando, pues, se “nacionalice” la tolerancia y se le tuerza el cuello a la envidia, entonces ese ejército de monstruos propios se irá desvaneciendo.

Cuando en nuestro país se difundan el pensamiento que honradamente busca la verdad y la crítica que impulsa y pone a prueba al pensamiento, cuando, pues, se “nacionalice” la tolerancia y se le tuerza el cuello a la envidia, entonces ese ejército de monstruos propios se irá desvaneciendo.

¿Es eso una utopía? Evidentemente. Pero todo pensamiento creador es utópico, y sin exigencias utópicas no hay crítica. Para el maestro de América, Pedro Henríquez Ureña, la utopía es “ansia de perfección”. Esa ansia de perfección es la que ha nutrido la obra de nuestros grandes antepasados intelectuales, desde Andrés Bello, pasando por Eugenio María de Hostos, José Martí, Juan Montalvo, Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, Carlos Arturo Torres y Manuel González Prada, Alfonso Reyes y José Luis Romero, hasta una figura que, recogiendo buena parte de esta tradición, sucumbió ejemplar y noblemente –como si estuviera repitiendo el destino de los héroes jóvenes de nuestra Independencia– a la cizaña del dogmatismo, como lo fue Ernesto Guevara. El ejemplo de su voluntad de construcción y emancipación de un mundo que responda a las esperanzas que despertó cuando surgió a la historia, es no solamente el más claro testimonio de nuestra conciencia continental, sino también de la fuerza latente y poderosa de Nuestra América, que hasta ahora ha impedido su destrucción. Revivir ese ejemplo es tanto como fortalecer y renovar la confianza en nosotros mismos, sin la cual no será posible romper el círculo vicioso en que nos encontramos.

La crítica y el pensamiento no conocen límites nacionales. Eso quiere decir que su ejercicio en nuestro país es la condición para discutir y asimilar la cultura europea y norteamericana con serenidad y soberanía. Pero eso exige naturalmente un conocimiento directo de los productos de esa cultura. La educación secundaria y la universidad tienen la obligación de proporcionar a los colombianos esos medios. Pero hasta llegar a ese estado normal en otras partes e ideal en nuestro país, será preciso recorrer un largo trecho y comenzar con breves pero seguros pasos. El primero es, sin duda, y aunque hoy parezca arcaico, la difusión del hábito de leer y del contacto con los libros. Sin un horizonte social amplio que sepa valorar esos hábitos, que por la dinámica la lectura exija el cumplimiento de las obligaciones de la educación secundaria y de la universidad, todo proyecto de reforma cultural resultará abstracto. Pero este primer paso debe darse en todos los departamentos, y no es hablar *pro domo* cuando aseguro que la Biblioteca “Gabriel Turbay”, que patrocinará esta revista, constituye un modelo de ese primer paso indispensable.

Por el hecho de que en su dirección la revista tiene un pie en Europa, la revista presentará artículos sobre problemas actuales decisivos que, o no se conocen o llegan demasiado tarde a Colombia. No menos importante es el análisis y la crítica de trabajos europeos sobre Latinoamérica y Colombia, especialmente para despejar la imagen interesada y simplificada que, con intención frecuentemente mesiánica, se ha trazado desde hace siglos en Europa. Esa imagen europea de Nuestra América ha sido trazada muchas veces con conocimientos tomados de los latinoamericanos, a quienes por ser considerados como

proveedores de materias primas se calla, y sin el grado de comprensión que exigen las ciencias históricas. La influencia de esa imagen sobre nuestra autocomprensión ha contribuido sutilmente a fomentar nuestra alienación, a olvidar a quienes con mejor conocimiento de causa y auténtica pasión han abierto nuevos caminos para la comprensión histórica de Nuestra América y que muchos decenios después son presentados por europeos como nuevos caminos. ¿Cuanto debió, por ejemplo, André Gunder Frank realmente a Sergio Bagú en su libro *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (1967), a quien cita tres veces solamente, pese a que sin la perspectiva abierta por Bagú, Frank no hubiera sabido plantear el problema? Los ejemplos podrán multiplicarse.

Latinoamérica es un mundo que los europeos comprenden más difícilmente que África y Asia. Razones de política exterior imperial han hecho que el interés de la Comunidad Económica Europea se centre en Centroamérica, la región que puede amenazar

los llamados “intereses nacionales” de los Estados Unidos. Este hecho ha puesto en segundo plano al resto de Latinoamérica. Pero esto, que para la economía puede ser evidentemente un problema, tiene un aspecto positivo. Librados a nosotros mismos, con un frente menos que soportar, podemos aprovechar

ese desinterés como desafío y espacio libre para atender al frente más impositivo e insolente y desplegar nuestras fuerzas. Todo esto es cuestión de muy largo plazo. Pero hay que aprovechar ya los breves claros que se abren en el horizonte. Teniendo en cuenta que estas circunstancias inciden en el ejercicio del pensamiento y de la crítica, la revista tendrá un acento político, pues, “al cabo, al fin, por último” (César Vallejo), la Biblioteca, el pensamiento y la crítica, tienen su referencia fundamental en nuestra nueva *polis...* la de nuestro país como parte de la Magna Patria que es de manera única y latente el Nuevo Mundo.

La empresa es utópica y sus fines parecerán, para los miopes y los cómodos, los vanidosos y los envidiosos, exagerados e irrealizables. A palabras necias, no oídos sordos, sino hechos y trabajo. ¿Que hubiera sido de Nuestra América si el Libertador y José Martí, si Andrés Bello y Juan Montalvo, si Manuel González Prada y Ernesto Guevara hubieran atendido las voces y se hubieran dejado vencer por las intrigas de los soñolientos egoístas que los persiguieron? Pero la empresa es necesaria. ❖

Latinoamérica es un mundo que los europeos comprenden más difícilmente que África y Asia. Razones de política exterior imperial han hecho que el interés de la Comunidad Económica Europea se centre en Centroamérica, la región que puede amenazar los llamados “intereses nacionales” de los Estados Unidos.